

## 2

NÚMEROS DECIMALES. NOTACIÓN CIENTÍFICA

## El soldadito de Dios



**Kiran Nagarkar**  
**El soldadito de Dios**



**Autor:** Kiran Nagarkar

**ARGUMENTO**

Zia, el personaje central de esta novela, nace en la India y en el colegio descubren enseguida que es un superdotado en Matemáticas. Cuando termina sus estudios elementales, se traslada a Cambridge para estudiar la carrera de matemáticas. Pero allí se da cuenta de que le gusta más la economía y cambia una carrera por otra. Luego se hace terrorista, después se convierte al cristianismo y finalmente al hinduismo. La novela narra las aventuras y peligros por los que atraviesa la complicada vida de Zia.

En la escena recogida en el fragmento siguiente se narra lo que ocurrió en el colegio de Bombay donde estudiaba Zia cuando fue visitado por una mujer que hacía todo tipo de cálculos mentales con más velocidad que una calculadora.

*El soldadito de Dios*

Zia estudió en el New Eden durante ocho años. Tenía diez cuando Nandini Devi visitó el New Eden y lo catapultó al estatus de estrella de la escuela. El director anunció a los alumnos que se trataba de una maga de las matemáticas; la llamaban la computadora humana y visitaba escuelas, colegios y universidades para hacer demostraciones de sus habilidades sobrenaturales. Multiplicación, división, ecuaciones, todo lo hacía mentalmente y más deprisa que un ordenador. «Ella os demostrará –expuso el director– que las matemáticas no son aburridas, ni mucho menos; al contrario, son una asignatura espectacular, emocionante y divertida». El hombre estaba seguro de que la visitante inspiraría a los chicos y a las chicas del New Eden a mostrar un interés más activo por la materia.

La llegada de Nandini Devi fue acogida con burlas, desdén y una falta de interés rayana en la gro-



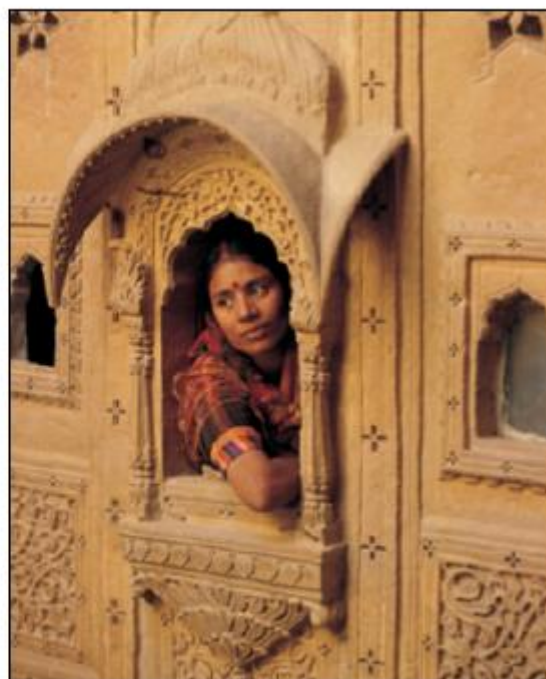
sería. Las matemáticas ya eran suficientemente terribles, pero ¿un genio de las matemáticas y, encima, mujer? Los estudiantes habrían preferido que les dieran una dosis de aceite de ricino y se empeñaron en demostrarle que habían acudido coaccionados a la sala de actos. Bostezaron, hablaron entre ellos y se mostraron aburridos.

Nandini no se inmutó. Era una mujer grande, con una generosa delantera de la que parecía reverberar su voz. Al cabo de unos minutos, se había metido a los alumnos en el bolsillo. La suya no fue una mera promoción publicitaria de las matemáticas; lo que escenificó fue una gran producción: acertijos, adivinanzas, rompecabezas, anécdotas de la vida de los grandes matemáticos, sus locuras, los problemas que habían resuelto. Las maneras portentosas y pasmosas en que las sutiles y abstrusas teorías y ecuaciones de las matemáticas puras encontraban uso y aplicación en cosas que nunca relacionaríamos con la materia: las nubes, la lluvia, la altura de los árboles, las corrientes de aire... Nandini lo convertía todo a la magia y el misterio de los números.

Fue una actuación estimulante. Tras un receso de quince minutos comenzó la segunda parte de su presentación. Solo cometió un error: no tendría que haber pedido respuestas al público, ni como mera formalidad ni como artimaña teatral.

–¿27 por 27? –preguntó. Nadie se atrevió a responder y ella tampoco esperaba que lo hicieran–: 729 –dijo.

El padre de Zia le había contado que, en los viejos tiempos, al menos en las escuelas vernáculas, enseñaban las tablas hasta el treinta y después pasaban a las tablas de un cuarto, medio, tres cuartos, uno y cuarto y uno y medio. En el New Eden, lo más lejos que llegaban era al doce por doce.



–¿729 por 27 por 27 por 27? –Miró a los alumnos en busca de una respuesta–: 14 348 907. ¿Alguien quiere comprobar si me he equivocado en una o dos cifras? Sacad la calculadora, vamos.

A excepción de uno de los profesores, solo dos alumnos tenían consigo la calculadora de bolsillo.

–¿Algún error? –inquirió–. ¿Ninguno? Bien, ahora os toca a vosotros ponerme en un aprieto. Multiplicación, división, raíces cúbicas, raíces cuadradas, decimales... No vayáis más allá de siete números, vuestras calculadoras no podrían con ello.

Como nadie ponía la pelota en juego, el profesor de matemáticas formuló la primera pregunta.

–¿El cuadrado de 137?

–18 769.

–¿El cubo de 137? –se decidió a intervenir una de las chicas.

–¿Alguien, alguien quiere dar la solución? –preguntó Nandini Devi de forma rutinaria, y estaba a punto de responder cuando alguien de las últimas filas murmuró algo.

–2 571 353 –la voz dividió la cifra en tres partes.

–¿Podrías repetir lo que has dicho?

Zia hizo lo que le pedían y Nandini apuntó la respuesta en la pizarra.

## El soldadito de Dios

–Felicidades. Creo que la respuesta es correcta. Muy bien, muy bien. –Nandini Devi adoptó la proporción adecuada de tolerancia activa y aire condescendiente–. ¿Quieres probar con la raíz cuadrada de 22 401 289?

Zia respondió mientras ella todavía no había terminado de escribir el número en la pizarra.

–4 733.

–¿Tienes una calculadora ahí, joven? –Nandini Devi se rio pero en su voz había un ligero tono de incomodidad–. Nada de trampas, nada de trampas.

–Otra –dijo Zia, poniéndose en pie.

–El cubo de 4 733 –dijo Nandini Devi de mala gana, como si no quisiera conocer la respuesta.

–106 025 300 837.

Nandini Devi escribió los números despacio, se volvió y miró a Zia. Uno de los alumnos que tenía calculadora gritó:

–¡Es correcto! ¡Es correcto!

Zia era ahora el centro de atracción de toda la sala. Un estudiante de último curso le hizo preguntas con decimales.

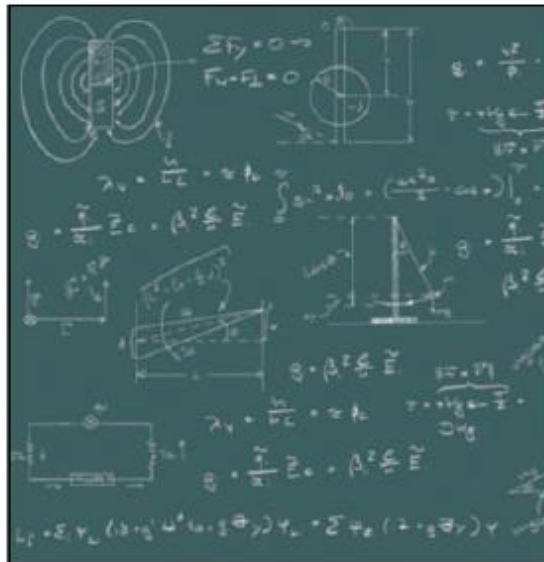
–793 645,39 dividido por 11,394759.

Zia esperó a que Nandini Devi respondiera.

–Es para tí, no para mí. –Su voz sonó cortante.

–69 650,03735.

–Vaya con las preguntas fáciles. –La sonrisa de Nandini Devi resultó un poco forzada–. ¿Qué te parecerían ahora unos sistemas de ecuaciones?



Pidió a Zia que subiera al estrado. Él no estaba muy seguro de querer hacerlo, pero los chicos y las chicas del New Eden empezaron a vitorearlo. Zia, Zia, Zia, cantaban, como si se hallaran en un partido de rugby y estuviese en juego el honor de la escuela.

Ecuaciones vectoriales, cuadráticas y simultáneas, cálculo integral y diferencial: Nandini lo paseó por todas las variaciones posibles desde la introducción de los números. Daba la vuelta incluso a los problemas más simples e intentaba pescarlo con la guardia bajada. Todo lo que le lanzó, él se lo devolvió con seguridad y desenvoltura. Zia no se mostraba irritado ni desafiante, sino que la miraba con paciencia mientras ella parecía cada vez más agitada. Había ido al New Eden para ser la estrella y allí estaba, dedicando toda su energía y esfuerzos a intimidar, poner nervioso y apremiar a un muchachito. Zia miró a sus maestros y al director y advirtió que habían olido sangre; se habían identificado con él y lo alentaban a que diera el golpe de gracia. Miró a Nandini Devi a los ojos y vio en ellos un atisbo de desesperación. Si quería salir de aquel encuentro con la dignidad intacta, tenía que vencerlo, pulverizarlo, y estaba dispuesta a echar el resto: para ella era todo o nada.

¿Y él? ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué seguía jugando? Al ofrecer una respuesta a la primera pregunta, espontáneamente, no se había tratado más que de un mero juego, pero hacía rato que había perdido el interés. Sin embargo, Nandini Devi seguía apremiándolo. Tenían que haber terminado a las doce y haberse marchado a almorzar, y ya eran más de las doce y media. Ella le formuló una pregunta sobre funciones logarítmicas, pero ya no la escuchaba. La miró con rostro inexpresivo y respondió:



–No lo sé.

–Lo sabía. Sabía que estabas improvisando, que era tu día de suerte. Pero también sabía –parecía dispuesta a estrujarlo hasta arrancarle el último aliento– que tu racha de suerte no iba a durar siempre. Te diré una cosa, muchachito, y sigue mi consejo: no intentes medirte nunca con un profesional o terminarás perdiendo.

Zia era ahora el héroe número uno de la escuela. En el pasado, solo los deportistas habían alcanzado el estrellato en el New Eden, pero ahora el fiel de la balanza parecía inclinarse hacia el cerebro. No obstante, había algo más. Por primera vez, Zia empezaba a comprender el plan del juego que Alá había trazado para él. [...]

Las manos de Dios no solo lo guiaban; el Señor había elegido la ocasión con una visión certera y un éxito atronador. Pensad en el cuidado con que había dispuesto cada uno de los aspectos de lo que aconteció aquel día en la sala de actos. Hasta entonces, el New Eden no había invitado nunca a un mago de las matemáticas. Y cuando lo hizo, invitaron a una mujer hindú de cuarenta y cinco o cincuenta años. Era una repetición de la historia de David y Goliat. Los números y las soluciones le habían llegado como si alguien hubiera estado dictándole exactamente lo que debía responder. Un muchacho de diez años había derrotado y humillado a Nandini Devi y después, como Alá es todo misericordia, le había salvado la dignidad haciendo que Zia fingiese ignorar la última respuesta.

#### ACTIVIDAD

- 1 Comprueba con la calculadora que los resultados de todas las operaciones hechas por Zia y por Nandini son correctos.